

amados compatriotas, de tan funestos, de tan locos extremos. Respetemos este vínculo con que la Omnipotencia, ennobleciendo nuestro sér, quiso distinguirnos entre todas las criaturas; este vínculo admirable, que al mismo tiempo que nos ata á vivir en medio de ellas nos levanta á la contemplación de sus obras magníficas y al conocimiento de sus santos y benéficos designios. Preparados así, entrad enhorabuena á los nuevos estudios á que os llama la patria. Entrad á buscar la sabiduría en este nuevo templo, cualquiera que sea vuestra profesión, vuestros designios. ¿Queréis entregaros al terrible Océano que brama á vuestra vista? La sabiduría levantará sobre sus abismos una morada firme y segura, y os enseñará á conducirla á los extremos de la tierra. Ella pondrá en vuestra mano la llave de los vientos, y haciéndoos leer en el cielo los rumbos que debéis seguir sobre las ondas, os enseñará á triunfar de peligros y tempestades. Mientras el astro del día alumbrare los climas que están bajo de vuestros piés, os mostrará la estrella de los navegantes velando sobre vuestras cabezas, y si las tinieblas la robaren á vuestros ojos pondrá en vuestra mano un instrumento débil, pero maravilloso, que os señalará continuamente los polos sobre que gira el mundo. Así surcaréis seguros los anchos mares, y así conduciréis á las regiones más remotas el pacífico negociante que buscare en ellas la recompensa de vuestro sudor. Y si tal vez el deseo de fama y nombradía hinchare vuestros corazones, así también subiréis á la gloria inmortal que hoy ilustra los nombres célebres de Colón y Magallanes, de Cook y Maléspina.

Pero si más tímidos, menos ambiciosos, prefiriéreis una felicidad más cercana y segura, estudiad la naturaleza, y ella os franqueará sus tesoros. Estudiad estas numerosas repúblicas de entes que vagan sobre vuestras cabezas y que yacen bajo de vuestros piés, y que están ó se mueven en derredor de vosotros. Investigad su esencia y propiedades, y lo que es aún más digno de vuestra aplicación, investigad los usos á que los destinó la benéfica mano del Criador. La naturaleza, complacida de ser el único objeto de vuestro estudio y contemplación, os abrirá su fecundo seno, derramará ante vosotros su rica cornucopia, y ninguno la solicitará que no vuelva de su presencia enriquecido y mejorado.

¡Oh amados compatriotas! ¡Cuánto se complace mi alma

al contemplaros dedicados á tan inocente, tan agradable, tan provechoso estudio, á un estudio tan propio para mejorar y engrandecer vuestro espíritu! ¡Qué escenas tan magníficas no presentará la física á vuestra razón, al pasar en alarde la rica colección de seres que pueblan el universo, y al reconocer las eternas leyes que dirigen su movimiento y reproducción; cuando os enseñare á distinguir la índole de estos fluidos, que traen á nosotros la luz y el calor y el fuego y el sonido; de estas admirables y tenuísimas sustancias, que minan y penetran todos los entes, y en medio de los cuales náda, por decirlo así, y se sumerge toda la naturaleza! ¡Qué perspectivas tan nuevas y agradables, cuando la química, corriendo el velo misterioso que envuelve la esencia y propiedades de los cuerpos, y reduciéndolos á sus simplicísimos elementos, ponga delante de vosotros aquellas afinidades, aquellas íntimas relaciones de amor ó de aversión que los atraen ó repelen, que los hacen buscarse ó huírse, y que con tan portentosa armonía los conservan en la gran cadena de la creación! Entonces todo aparecerá en derredor de vosotros lleno de movimiento y vida, todo animado, todo colocado y dispuesto en un orden invariable y sapientísimo; todo, en fin, formado y dirigido por una mano santa y benéfica al bien y al consuelo del género humano.

No quiera Dios, amados compatriotas, que perdáis nunca de vista este gran carácter que brilla en las obras de la naturaleza y señala el fin de vuestro estudio. No quiera Dios que le empleéis jamás en aquellas estériles indagaciones que sólo pueden alimentar una liviana ó presuntuosa curiosidad. Desconfiad de esta terrible pasión, tanto más funesta cuanto más halagüeña al espíritu humano; y si alguno de vosotros se hallare tentado á seguir su voz, sepa que la verdad se esconde de los que la buscan con temerario orgullo; que se complace en burlar sus conatos, y que mientras ceba su presunción con fantasmas y vanas apariencias, sólo se presenta clara y brillante, cual bajó del cielo, á los que la buscan con sobriedad y rectitud de intención. Sea así como estudiéis vosotros la naturaleza; sea así como busquéis en ella aquellas verdades que están calificadas por el bien y el provecho, y la verdad y la utilidad, que forman la doble divisa de este instituto; sean el constante, el único fin de vuestra aplicación.

¿Podréis negar esta prueba de gratitud al piadoso monarca que tan benignamente la solicita, y que para excitar vuestro celo os distingue con tantas señales de protección y beneficencia? Ved cómo lucha con la naturaleza para vencer los estorbos que opone por todas partes á nuestra felicidad, y cómo la fuerza á concurrir á ella; cómo mejora nuestros puertos, cómo franquea nuestros caminos, cómo para hacer navegables nuestros ríos emplea la actividad y el raro talento del sabio ingeniero que tenéis á la vista; cómo, en fin, busca solícito para vosotros la abundancia y la prosperidad. Y si acaso no bastare tan poderoso estímulo, si necesitareis todavía un ejemplo privado de patriotismo y amor público, volved los ojos al amable, al honrado ministro que con tanta constancia promueve vuestro bien. ¡Ah, cuánto se afana por sacar á luz los tesoros que yacen ignorados en vuestro territorio! Ah, cómo protege su propiedad, cómo promueve su circulación, cómo anima su exportación con gracias y franquicias! ¡Cómo, en fin, os llama al estudio de la naturaleza, para que conozcáis los bienes que os rodean y que hasta ahora despreciásteis!

Pero ¡ah, que en medio de esperanzas tan dulces para mi corazón, un triste recelo introduce en él la desconfianza, y desconcierta su constancia y su celo! Sin duda que nace de esta terrible alianza que tienen en todas partes la ignorancia y la pereza. «¿Quién (me parece que las oigo susurrar), quién vendrá á recoger estas preciosas doctrinas? Los hombres están clasificados en toda sociedad; cada profesión, cada estado tiene su destino y sus funciones, cada uno tiene sus ocupaciones y sus placeres; todos tienen distribuídos los momentos de su fatiga y su descanso. ¿Quién será el que los sacrifique á la aplicación y al estudio? Las verdades científicas sólo se pueden alcanzar á costa de largo tiempo y largas vigiliass, y el pobre sólo trata de subsistir, como el rico de gozar. ¿Quién pues se encargará aquí de buscarlas, de ponerlas á logro y de difundirlas entre sus hermanos?»

Asturianos, ved aquí indicados todos mis temores, ved el escollo en que han zozobrado las más útiles instituciones. Pero ¿seremos nosotros tan desgraciados? ¿Qué digo? ¿Seremos tan indolentes y perezosos, que teniendo el bien tan cerca, no levantemos nuestro espíritu para recibirle? ¿Quién

es el que no puede sacar provecho del estudio de la naturaleza? ¿Hay por ventura clase, hay estado, hay profesión á quien no sirvan las importantes verdades que enseña?

Venid vosotros á recibirlas, generosos descendientes del gran Pelayo, venid; la patria os convoca á este Instituto. El pueblo que os mantiene necesita de vuestra dirección y vuestras luces. Si su desamparo no os moviere á socorrerle, muévaos á lo menos vuestro interés y el decoro de vuestra clase. Ya no sois, como en otro tiempo, los únicos apoyos de la seguridad nacional, ni los defensores de sus derechos, ni los intérpretes de su voluntad. Vuestros blasones, vuestros privilegios ya no se libran sobre tan firmes títulos; sólo el verdadero patriotismo, sólo la virtud, una virtud ilustrada y benéfica, pueden justificarlos y conservarlos. Venid, instruid al pueblo, socorredle, y recompensad con vuestras luces y consejos el continuo sudor que derrama sobre vuestras tierras; este sudor inocente y precioso, á quien debéis vuestro esplendor y vuestra misma existencia.

Venid también vosotros, ministros del santuario; no desdeñéis este inocente estudio, que tanto puede perfeccionar vuestra sabiduría. ¡Ah! una triste necesidad os llama poderosamente hacia él. La impiedad pretende corromperle; acudid vosotros á santificarle y conservar su pureza. Una secta de hombres feroces y blasfemos, buscando sus armas en la naturaleza, se levanta contra el cielo, como los titanes. Venid, estudiad en ella esta varia y magnífica colección de seres, este orden constante, estas inefables armonías que los enlazan, esta prodigiosa abundancia de bienes y placeres derramados en derredor de nosotros, y ved cómo predicán, cómo demuestran al hombre la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de su Hacedor. Venid, estudiadlos, y combatid con sus mismas armas á la ingrata incredulidad; confundidla, aterradla, conservad al pueblo que os honra y alimenta el mejor de todos los consuelos, y mientras le doctrináis en las verdades eternas, ayudadle también á conocer aquella escasa porción de felicidad que le está concedida en la tierra.

Y tú, pueblo laborioso, primer objeto de mis desvelos; tú, clase menos recomendable á mis ojos por tus olvidados derechos que por tus inocentes fatigas, mientras tanto que las continuas en beneficio de todos los órdenes del Estado, envía

tu juventud á educarse en este Instituto; aquí aprenderá á despreciar los peligros del Océano y á buscar en las lejanas playas tu alivio y tu consuelo; aquí aprenderá á multiplicar los objetos de tu trabajo, á mejorar tus instrumentos y máquinas, y á perfeccionar las artes útiles en que continuamente te empleas; aquí aprenderá á romper esas rocas altísimas de que estás circundado, á penetrar los senos de la tierra, y á sacar de sus íntimas entrañas los bienes que la Providencia depositó en ellas para tu alivio; estos bienes negados á la pereza y al indolente orgullo, y sólo reservados al ingenio y la aplicación laboriosa. Envíala, instrúyela, y así recobrarás la consideración que te rinden ya todas las almas buenas y sensibles.

Y vosotros, gijoneses míos, privilegiados en la vecindad de este Instituto, guardaos de alimentar con él vuestro orgullo. Considerad que no para vosotros, sino para todos los asturianos, se ha levantado aquí este monumento á las ciencias, y que cuanto más cerca estáis de él, tanto es mayor vuestra obligación de honrarle y defenderle. Poned á logro esta ventaja, y fundad en ella un título al amor y al aprecio de vuestros hermanos. Sea de hoy más la hospitalidad vuestra primera virtud. De do quiera que vengan, recibidlos en vuestros brazos, abridles vuestro corazón, y formad con ellos un solo pueblo, animado por el amor á la sabiduría. Ojalá que llamados todos igualmente á su participación, sea ella un vínculo de fraternidad firme y eterno, que extinga para siempre los ruines partidos que dividen vuestros ánimos, y los reuna en una sola voluntad, en el solo designio de trabajar por el bien de la patria.

Españoles, cualesquiera que seáis, ved aquí vuestra vocación; seguidla, y buscad la felicidad en el conocimiento de la naturaleza. Y si respetando sus arcanos, no os atreviéreis á tocar el velo que encubre á los mortales sus misteriosas operaciones, estudiad por lo menos su historia en esta rica muchedumbre de bienes que presenta á vuestra observación. Contemplad el oficioso reino animal, en medio del cual brilla y preside el hombre, como el sol entre las estrellas del firmamento; y ved cómo sus individuos, después de llenar la tierra de acción y de alegría, se prestan dóciles á ayudarle en sus fatigas, ó se esconden de su poder y respetan su imperio.

Observad cómo la tierra se ennoblece con la frondosa pompa del reino vegetal, y cómo desde la humilde grama hasta el alto cedro del Líbano, después de aumentar su majestad, presentan al deseo del hombre una inmensidad de bienes y consuelos. Ved, en fin, cómo la naturaleza oprime con la pesadumbre de los montes, ó encierra en sus hondas cavernas, el enorme reino mineral, materia de tantos bienes y tantos males; y cómo, sin embargo, confía generosa sus llaves al hombre, cuyo albedrío y dominio reconoce. Admirad tanta exuberancia, tanta profusión, tanta variedad de producciones, y apresuraos á convertirlas en el común provecho.

¡Felices vosotros, una y mil veces felices aquellos á cuyo estudio sólo se propone tan delicioso y sublime fin! Sí, demasiado se han escudriñado las fuerzas de la naturaleza sólo para afligirla y conturbarla; demasiado se han perfeccionado ya los instrumentos de su ruina y desolación. Vosotros, amados compatriotas, no tendréis que profanar tan ferozmente el nombre y los oficios de la sabiduría. Consagradla sola y enteramente á aquellas artes inocentes y pacíficas, que honran y consuelan la especie humana; consagradla á la multiplicación y perfección de sus instrumentos y métodos; y abriendo con ellos los manantiales de abundancia y de vida, que una ambición frenética pretende continuamente cerrar, haced que el reino de la razón y la concordia universal sucedan á estos tristes días de confusión y escándalo, que la afligida humanidad mira con tanto horror.

Sobre todo, hijos míos (que bien debéis permitir este nombre á la ternura de mi celo), sobre todo, consagrad vuestro estudio á aquella arte que es más amiga y allegada de la sabiduría, y que más ennoblece y perfecciona la naturaleza. Consagradle á la primera, á la más necesaria, á la más provechosa, á la inocente agricultura. Observando la inmensa mole de materia ruda é inorgánica, que parece destinada al socorro de nuestras miserias, fijad vuestra atención en la tierra, en esta madre universal, cuya juventud se renueva con la anual revolución de los cielos, y estudiad á todas horas aquella virtud maravillosa de fomentar las semillas que se confían á su seno, y de asegurar en su reproducción la multiplicación y el consuelo del género humano. Y cuando tan útiles y preciosos dones como presenta á vuestra vista no saciasen vuestros de-

seos, abrid por fin sus entrañas, y descubriréis nuevas fuentes de riqueza y prosperidad. ¡Qué de bienes no os guardan en sus tenebrosos abismos! Piedras, sales, betunes, metales... ¡Ah! No os deslumbréis con la codicia de tantos tesoros; elegid los que son más útiles é inocentes, y deteneos sobre todo en este admirable y abundantísimo fósil (1), que la Providencia descubrió en vuestros días para colmar vuestra felicidad.

Ved aquí un objeto bien digno de vuestra particular aplicación. La patria os llama á estudiarle y conocerle. No os desdenéis de volver hacia él los ojos, por más que os parezca humilde y grosero. Dentro de poco, él solo servirá de recurso al abrigo, de auxilio á la industria, y de materia al comercio y á la navegación de los españoles. Vuestros hermanos, derramados por las provincias de oriente y mediodía, le desean y esperan de vosotros. Vendrá también un día en que las demás naciones se hagan vuestras tributarias, y corran ansiosas á buscarle en vuestras orillas, ó le reciban de las naos que llevarén este consuelo á los helados habitantes de uno y otro polo. Entonces todo será en Asturias abundancia y felicidad. Entonces, mejorada vuestra agricultura, animadas vuestras artes, extendidos vuestro comercio y navegación, os multiplicaréis como las arenas de vuestras playas, y la paz y alegría morarán en medio de vosotros.

¡Oh días venturosos, días de plenitud y de holganza y de gloria para los asturianos! ¡Dichosos aquellos que os alcanzaren, y que renovando la memoria aniversaria de este solemne día, puedan celebrar su aparición en el círculo de los años! Dichosos los que oyeren los cánticos de gratitud y alabanza que entonarén nuestros venideros al nombre y á la gloria del buen rey que domiciliando las ciencias en este suelo, abre hoy las fuentes de la felicidad que gozarán entonces! Entonces sus bendiciones renovarén también el tierno y venerable nombre del ministro patriota que preparó los caminos á su sabiduría, y le irán llevando de generación en generación á la más remota posteridad. Y si en el entusiasmo del reconocimiento algún tierno recuerdo despertare la memoria de los débiles esfuerzos de mi celo, de este celo de vuestro bien que ahora me consume, entonces mis yertas cenizas, que no re-

(1) El carbón de piedra.

posarán lejos de vosotros, recibiendo el único premio que pudo anhelar mi corazón, os predicarán todavía desde el sepulcro que estudiéis continuamente la naturaleza, que sólo busquéis en ella las verdades útiles, y que consagréis toda vuestra aplicación, toda vuestra sabiduría, todo vuestro celo al bien de vuestra patria y al consuelo del género humano

